

## **Estructura agraria, revolución de independencia y caudillismo en el Río de la Plata, 1750-1820 (algunas reflexiones preliminares) \***

Carlos A. Mayo

Creo que ha llegado la hora que quienes estamos o hemos estado estudiando con tanto ahínco la estructura agraria colonial tardía de la pampa, pensemos nuestros materiales en la clave de la historia política rioplatense y analicemos, por ejemplo, las posibles interrelaciones entre la estructura socioeconómica del mundo rural bonaerense legado por la colonia y su comportamiento político durante el proceso revolucionario y el surgimiento del caudillismo. Para hacerlo no se me ocurre nada mejor que comparar nuestra campaña, desde la perspectiva de la ganadería, con aquella que, estando tan próxima, parecía más bien su contracara: la campaña oriental.

Cuando las ponemos en paralelo surgen de inmediato contrastes; la campaña oriental lanzó y fue la principal protagonista de la revolución oriental, impuso la revolución a la realista Montevideo, la campaña bonaerense en cambio se mantuvo durante buena parte de la revolución, pasiva y a la zaga del proceso emancipador que lideraba la ciudad de Buenos Aires. No sólo la campaña bonaerense no tuvo el papel protagónico de la oriental en la revolución sino que, de la mano de Rosas, acabó liquidando los restos del federalismo popular porteño al aplastar la sublevación de Pagola en octubre de 1820 (Barba, 1972). Una campaña recorrida por fuertes tensiones y dominada por el latifundio promueve con Artigas una experiencia de transformación social agraria y una ideología democrática y otra con una estructura agraria más "democrática" termina promoviendo una dictadura que consolidará el latifundio. Quisiera comenzar (como todo el que comienza, lo hago tanteando el terreno, y sospechando que puedo equivocarme) la discusión de estas cuestiones tratando de responder tres preguntas que de alguna manera, más por la vía negativa que por la afirmativa, están

---

\* Me hubiera gustado mucho que el Dr. Enrique M. Barba hubiera leído y discutido conmigo estas páginas. Como su muerte ocurrida hace ya ocho años lo hace imposible, las dedico a su hijo Fernando, a quien tanto quise. Agradezco los comentarios de Dardo Pérez Guilhou, Enrique Wedovoy, Amalia Latrubesse, Ricardo Salvatore, Lucila Noelting, Jeremy Adelman, Fernando García Molina y Guillermo Clarke, a quienes pedí que se pusieran en el lugar del lector.

en la base de la dilucidación. ¿A qué se debe esa pasividad de la campaña bonaerense durante buena parte del proceso revolucionario? ¿Por qué la campaña bonaerense no tuvo un Artigas y una política como la enunciada en el reglamento de 1815? ¿Cómo podemos empezar a explicar el surgimiento del caudillismo, en especial del caudillo Rosas, desde la estructura agraria heredada de la colonia tardía?

Empezemos por la primera. Durante el primer ciclo de la revolución -esto es, hasta 1815- la campaña se mantiene pasiva. Recién en junio de 1816 algunos sectores de aquélla se pliegan al alzamiento de los confederacionistas, pero aún así el liderazgo y la plana mayor de este movimiento sigue siendo urbana (Herrero, 1995). Habrá que esperar a la crisis de 1820 para que la campaña juegue un papel realmente significativo. Sin embargo, aunque esta campaña terminará contribuyendo no poco al surgimiento de la dictadura de Rosas y la hegemonía de la Buenos Aires rosista sobre el resto del país, no puede decirse que este desenlace estuviera claramente determinado por la estructura agraria de las primeras dos décadas del siglo XIX. El hecho que sectores de la sociedad rural se inclinaron inicialmente (en 1816, por caso) por la causa confederacionista prueba que esa sociedad rural fluctuó, en un primer momento al menos, entre distintos aunque no necesariamente contrapuestos proyectos políticos que tenían sugestivamente un dato clave en común, el deseo de hacer de Buenos Aires una "provincia autónoma". Pero volvamos a la pregunta inicial, ¿a qué atribuir esa falta de protagonismo de la llanura pampeana en la revolución de mayo? La comparación con la Banda Oriental puede ayudar a despejar esa incógnita. Para empezar la pampeana era una ganadería más antigua y más pobre que la oriental y se desplegaba sobre un territorio más sumario, el "corredor porteño" llegaba, en efecto, hasta poco más allá del Salado al estallar la revolución. El cimarrón y la vaquería eran ya cosas del pasado, el ganado se criaba en estancias de rodeo. La campaña oriental era más dinámica y más rica en todos los aspectos, desde las pasturas y las aguadas naturales hasta las dimensiones que llegaron a alcanzar los rodeos y las estancias. Era a la vez más moderna y más arcaica que la bonaerense (se me ocurre que ese arcaísmo era más bien una prolongación de su modernidad o una consecuencia de ella). Más moderna -ya en la década de 1780 surge allí el saladero- y más arcaica en la medida que la vaquería aún perdura en ella bien entrada la segunda mitad del siglo XVIII (entre el Arapey y el Cuareim, lo hará hasta la independencia) (Sala de Touron y otros, 1967 y 1968, Millot y Bertino, 1991). Por otra parte, grandes estancias siguen siendo, en la feliz expresión de Píbel Devoto, meros campos de faena aunque también se va afirmando y difundiendo la estancia de rodeo (Píbel Devoto, 1957). A diferencia de la frontera porteña, donde las denuncias de tierras se demoran hasta fines del siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX, el proceso de denuncias y el avance mismo de la frontera ganadera en la Banda Oriental se dan con mayor celeridad, dramatismo y fuerza. Desde mediados de la década de 1760, en efecto, el proceso de denuncias y la difusión del latifundio cobran nuevos bríos. En el decenio siguiente la frontera de denuncias y ocupación llega más allá del río Yí. Después de 1780 y a lo largo de la década de 1790 el latifundio y las denuncias trasponen el río Negro (Sala de Touron, 1967 y 1968). Hacia 1811 la frontera de denuncia-ocupación ya ha llegado a los límites de la actual República del Uruguay. Pero no cabe exacerbar las diferencias entre la estructura agraria de ambas regiones. Al sur del río Negro y sobre todo en la región de Colonia -al igual que en Buenos Aires- hay una marcada presencia de explotaciones "campesinas" que a veces rodean las grandes estancias y compiten con ellas. También allí se dieron relaciones de arriendo y

aparcería y una red rural de comercialización de productos pecuarios poco concentrada (Gelman, 1989, 1992 y 1993).

Después de mediados de la segunda década del siglo XIX y sobre todo a partir de 1820, la campaña bonaerense comienza a sufrir algunas de las transformaciones experimentadas cuarenta años antes por la Banda Oriental; se consolida el saladero, aumentan las exportaciones de cueros originados en la región y se extiende el latifundio, sobre todo al sur del Salado (Montoya, 1956; Halperin Donghi, 1963; Banzato y Quinteros, 1992). Así también se aceleran las denuncias de tierras en la frontera y se agudizan allí los conflictos por la tierra (Mayo y Latrubesse, 1993).

Entre tanto, en la Banda Oriental, la presencia disruptiva del latifundio, la lucha entre denunciante y ocupante exacerbada por un febril proceso de apropiación de la tierra, la supervivencia de la vaquería, una frontera abierta y el acceso directo a algunos medios de subsistencia como la carne contribuirán a dar a la sociedad uruguaya una dosis de conflictividad, tensión y movilidad (gauchos, changadores, indios y contrabandistas deambulan libremente) mayor que en la llanura bonaerense tardocolonial donde aquellas no faltan por cierto. Agrava la situación de inseguridad la incierta situación jurídica que la mayoría de sus productores rurales tiene respecto de la tierra que explota, son muy pocos los que tienen títulos legítimos de propiedad (Sala de Touron y otros, 1968). En Buenos Aires aunque hay un sector no desdeñable de ocupantes sin título, la propiedad de la tierra, entre los estancieros al menos, está más difundida (Mayo, 1995).

Al abrigo del proceso descrito ha surgido en la Banda Oriental una robusta y poderosa clase de hacendados, unos residen en el campo y crían ganado, otros son latifundistas ausentistas que se limitan a hacer faenar el ganado que deambula en sus grandes dominios rurales. Esos hacendados que distan de ser un sector homogéneo y carente de contradicciones internas, jugarían un papel de primer orden en los comienzos del alzamiento artiguista. Es decir, la campaña ha generado un sector con el poder, el dinamismo y el prestigio necesarios para promover, junto a otros sectores menos privilegiados, la revolución rural (Sala de Touron y otros, 1978). Ninguna de las tres condiciones está presente entre los estancieros porteños de la colonia tardía: son pequeños y medianos ganaderos en su mayoría, carecen de influencia y prestigio social. Su poder no va más allá del pago en el que residen (Mayo, 1995). Así el único sector que podía haber liderado una sublevación en la llanura bonaerense carecía de las condiciones necesarias para hacerlo. Pero además la ciudad de Buenos Aires, capital del virreinato, puerto poderoso, sede del aparato burocrático virreinal, con más población que la campaña hasta fines del período colonial, tenía demasiado poder político y económico como para ser desafiada por su entorno rural, que era su apéndice. La ciudad de Buenos Aires tenía más peso político, económico y demográfico que su rival Montevideo (con una población de unos 9.300 habitantes contra 40.000 de Buenos Aires hacia 1805). También tenía una relación algo diferente, menos tensa, más armoniosa y complementaria con su campaña que Montevideo con la suya. La fractura y la magnitud del enfrentamiento casi secular entre Montevideo y la campaña uruguaya no tiene paralelo en esta orilla del Río de la Plata. En primer lugar, Buenos Aires es durante todo este período el principal mercado de la ganadería porteña, consume su ganado vacuno (unos 73.000 novillos promedio entre 1812 y 1816) y los novillos siguen siendo aún durante la primera década revolucionaria el principal ingreso de la estancia bonaerense (Mayo, 1994; Amaral, 1987; Garavaglia, 1994; Mayo y otros, 1995). La revolución porteña, al promover el libre comercio auguraba,

además, un mayor desarrollo de la exportación de cueros. Los hacendados porteños tenían sobradas razones para estar agradecidos a la ciudad de Buenos Aires, ¿para qué alzarse contra su principal mercado? La élite mercantil porteña controla un hinterland mucho más vasto, no depende ni invierte en su campaña ganadera, y su dominio sobre ella es menos visible y más remoto. La ganadería oriental está orientada sobre todo a la producción de cuero y carnes saladas para el mercado externo. Montevideo es en este sentido, mucho menos un mercado para la producción ganadera oriental que el intermediario casi obligado que la exporta y lucra con esa intermediación. La élite mercantil montevideana depende mucho más de esa campaña que la porteña de la suya, y la domina en forma mucho más irritante, aunque más no sea porque a ella están ligados y pertenecen los grandes latifundistas ausentistas que residen en Montevideo (Sala de Touron y otros, 1967; Barrán y Naun, 1963; Garavaglia y Gelman, 1995). Irrita el dominio de estos sobre vastas extensiones que no trabajan, su competencia desleal por el control de la tierra, su ausentismo mismo y su pertenencia, como se dijo, a ese incipiente patriciado montevideano que además de comerciar, tener barracas, intervenir en la trata negrera, abastecer a la marina y poseer saladeros, controla el crédito y la moneda metálica (Real de Azúa, 1981; Millot y Bertino, 1991).

La campaña oriental tiene otras razones para estar resentida con Montevideo, de allí han partido expediciones, como la de Jorge Pacheco, que efectúan una despiadada limpieza de los campos, limpieza de indígenas, limpieza de gauchos, changadores y ocupantes, desde Montevideo se intenta perseguir también el contrabando que ha llegado a ser un medio de vida en la campaña, de allí llega en agosto de 1810 la amenazadora orden a los productores rurales de presentarse con los títulos de propiedad sobre las tierras que explotaban o reclamaban, de allí saldrán, por fin, los "donativos patrióticos" que se impondrán a los hacendados (Maiztegui Casas, 1973).

La campaña uruguaya tiene pues los motivos y las condiciones para enfrentarse a la ciudad y promover la revolución, la pampa bonaerense, hacia 1810 carece de ambas.

¿Por qué nuestra campaña no tuvo un Artigas? ¿Por qué no conoció la implementación de una política agraria redistributiva y de tinte social como la del caudillo oriental? Es verdad que en Buenos Aires se alzaron algunas voces, desde la de Manuel Belgrano hasta la de Pedro Andrés García, planteando la necesidad de una distribución más equitativa de la propiedad de la tierra, pero esas ideas no fueron escuchadas ni implementadas por el poder. ¿Por qué no tuvo pues nuestra campaña un Artigas? Esta pregunta tiene una respuesta tajante, brutalmente simple y literalmente innegable. La pampa no tuvo un Artigas simplemente porque no lo tuvo. Pero esta respuesta no deja margen para la especulación y la conjetura históricas, que es lo que queremos hacer. No tuvo un Artigas y una política social como la diseñada en el reglamento de 1815 porque no la "necesitaba"; no la necesitaba históricamente; hasta fines de la década de 1810 la estructura agraria bonaerense conservaba su neto predominio de la mediana y la pequeña propiedad y estaba menos recorrida por tensiones y desigualdades, aunque estas no faltaban. La unidad de donación fijada en el reglamento de 1815 era de una legua de frente por dos de fondo (unas 7.500 hectáreas) y recordemos que hacia 1789 más del 80% de los hacendados tenía menos de una suerte de estancia, esto es menos de 1.875 hectáreas (Azcuy Ameghino y Martínez Dognac, 1989). La estancia colonial porteña típica no tenía más de 2.500 hectáreas (Garavaglia, 1993) y en algunos pagos la fragmentación de antiguas propiedades rurales por efecto de la mera

transmisión hereditaria se había tornado, además, muy marcada (Saguier, 1993). Es verdad que también en la pampa los "más infelices" se hubieran beneficiado con una política como la propuesta por Artigas, pero no es menos cierto que los indios y aún los negros libres podían acceder a una parcela de tierra en nuestra frontera y no solo en ella (Mayo y Latrubesse, 1993; Mateo, 1993). Si Artigas puede radicalizar su política agraria es en parte porque los grandes hacendados, cansados de la guerra, ya han abandonado la coalición que lo apoya, mientras que lo siguen acompañando los criollos pobres y los indios que integran sus milicias en una campaña donde el orden de la estancia ha sucumbido y ha sido reemplazado por otro donde reinan la apropiación directa, el pillaje y nuevas formas de cooperación entre la plebe rural (Barrán y Nahum, 1963; Salvatore, 1994). Aquel era un paisaje de campos devastados que una vez más estaba reclamando ser "arreglado". La campaña porteña, en cambio, se veía libre de las devastaciones de la guerra de la independencia; más aún, empezaba a prosperar. El reglamento artiguista, precisamente, no solo tenía como objetivo la protección de los más desheredados sino fundamentalmente la reconstrucción de la deteriorada ganadería oriental y así no faltaron tampoco concesiones a los hacendados (Halperin, 1972). Es por ello, quizás, que tampoco había en el proyecto agrario del caudillo oriental lugar para el gaucho que persistiera en sus hábitos itinerantes y en su renuencia a integrarse al mercado de trabajo. En el mismo año que en Buenos Aires Oliden reintroducía la papeleta de conchabo, Artigas la implantaba en su reglamento (artículo 27 del Reglamento provisorio).

Cuando después de 1820 se acentúan las desigualdades sociales y económicas en la campaña porteña un Artigas se hizo, ahora sí, necesario. Pero la consolidación de la élite terrateniente y su ascenso al poder político lo tornaron, precisamente por ello, inviable.

¿Cuál es la relación entre la estructura agraria pampeana y el origen del caudillismo? Las dos campañas tuvieron su caudillo. Dos caudillos al parecer tan diferentes cuya extracción social sin embargo no deja de presentar semejanzas. Ambos, en efecto, son de origen patricio y ambos descienden de familias con intereses y propiedades en la campaña, ambos tuvieron mando militar en la campaña y pasaron parte o buena parte de su juventud en el campo. Uno -Artigas- propicia una ideología democrática y de signo igualitario no ajenas a las ideas nacidas al calor de la ilustración y la experiencia confederal norteamericana, el otro -Rosas- implantó una dictadura, abominó de la revolución de independencia y repudió su ideario liberal. Buscar la explicación de esas diferencias ideológicas en la estructura agraria parece, sin embargo, un exceso estructuralista; estamos hablando de caudillos, la dimensión personal cuenta sobre todo cuando el poder se ha personalizado tanto precisamente porque el caudillismo surge del colapso del estado colonial, el vacío de poder y la guerra que la independencia ha producido (Lynch, 1992). (Aún cuando el poder no se hubiera personalizado, tanto lo individual como la contingencia no pueden ser desterrados de la explicación histórica). Si Artigas alienta una propuesta de signo (más que de instrumentación) democratizante y Rosas postula la dictadura es porque simplemente, desde sus biografías más que desde su entorno agrario, los dos creen en lo que predicán; uno es un revolucionario de la independencia y el otro un reaccionario. Pero entre la reivindicación del principio del respeto a la voluntad de los pueblos que predica Artigas y la dictadura que promueve Rosas hay algo que las acerca: su apelación a lo popular. Es como si ambos hubieran advertido que no podía prescindirse, en sus respectivas propuestas y prácticas políticas, de los sectores plebeyos. Y es que tanto Artigas como Rosas habían

hecho una lectura muy lúcida de la sociedad rural en la que hicieron su capital político. Esta sociedad se caracterizaba tanto en la Banda Oriental como en la campaña bonaerense por su dificultad para controlar hombres y ganados y por la relativa debilidad de las relaciones de dependencia personal entre la plebe rural y los hacendados. En la pampa los peones permanecían poco tiempo en el empleo y rara vez regresaban a conchabarse en la misma estancia y parece que en estancias orientales como las de Las Vacas pasaba lo mismo (Salvatore y Brown, 1987; Mayo, 1991; 1995). Por otra parte, en los latifundios que practicaban la faena de ganado en la otra orilla, esa vinculación entre el patrón absentista y el peón faenero o el changador era aún más fugaz (Anónimo, [1803] 1988). Hablar de feudalismo en ese contexto de "señores" y "siervos" absentistas, en campos semivacos sólo habitados por escurridizos rebaños de ganado alzado y sin más residencias señorial que un miserable rancho para el capataz, es cuanto menos una desmesura. Los agregados y los arrendatarios (por lo menos en la pampa) tampoco permanecen largos años ligados al mismo terrateniente (Fradkin, 1995; Mayo, 1995). En fin, el tejido de las relaciones clientelares es más débil y tenue de lo que se creía. No sólo no hay, además, una excesiva actitud deferencial de la plebe rural hacia los hacendados sino también se da en aquella un vago alarde igualitario (el capataz mayor de la estancia de Las Vacas, el esclavo Patricio, llama a los peones que tiene a su cargo: "sus muchachos"). De manera que la única forma de lograr la adhesión de esa población casi flotante por parte de un aspirante a caudillo es la que descubrió Rosas; cortejarla, hacerse el gaucho para ganar su adhesión (Mayo, 1995). Transformarse, según sus propias palabras, en su "apoderado" para controlarla o, hacerse como Artigas, un adalid más sincero de sus derechos. Pero además esa clientela política plebeya de los caudillos estaba allí, lista para ser convocada para una causa que reivindicara los intereses regionales. Las identidades "provinciales" no estaban reducidas a las élites urbanas. La plebe también había generado su propia identidad regional. A fines del período colonial -en los expedientes judiciales y en las listas de clientes de algunas pulperías de Buenos Aires, por ejemplo- ya se habla de los "santiagueños" (que en la campaña organizan sus propios fandangos) los "paraguay", los "santafecinos", muchos de ellos simples peones o jornaleros, algunos de extracción indígena, que son identificados por la sociedad por su región de origen y así seguramente se reconocen a sí mismos. Ya está, por lo menos desde la segunda mitad del siglo XVIII, la larva de la montonera. Sólo falta, entre otras cosas, el caudillo que los convoque a defender la patria chica y a lanzarse contra Buenos Aires, que esos migrantes conocen bien y que muy pronto las guerras civiles les enseñarían a odiar, con un odio tan intenso como el de ese maestro de postas que poco después de la batalla de Cepeda y según el testimonio de José Celedonio Balbín, no sólo se negaba a enterrar los cadáveres de varios soldados directoriales que yacían presa de las ratas en el patio de su posta sino que, según sus palabras, "se recreaba" contemplándolos por la sencilla razón de que esos cadáveres, le confesaba complacido a Balbín, eran de porteños.

## Bibliografía citada

Anónimo

- 1988 **Noticias de los campos de Buenos Aires y Montevideo para su arreglo (1803)**, Madrid, Historia 16.

Azcuy Ameghino, Eduardo y Graciela Martínez Dougnac

- 1989 **Tierra y ganado en la campaña de Buenos Aires según los censos de hacendados de 1789**, Buenos Aires, IHES.

Amaral, Samuel

- 1987 "Rural Production and Labor in Late Colonial Buenos Aires", **Journal of Latin American Studies**, 19.

Banzato, Guillermo et al.

- 1992 "La ocupación de la tierra en la frontera bonaerense: el caso de Chascomús, 1779-1821", **Estudios de Historia Rural**, 2.

Barba, Enrique M.

- 1972 **Unitarismo, federalismo, rosismo**, Buenos Aires, Pannedille.

Barrán, José y Benjamín Nahum

- 1963 **Bases económicas de la revolución artiguista**, Montevideo, Banda Oriental.

Fradkin, Raúl

- 1995 "'Labradores del instante', 'arrendatarios eventuales': el arriendo rural en Buenos Aires a fines de la época colonial" en María M. Bjerg y Andrea Reguera (comps.) **Problemas de la historia agraria**, Tandil, IEHS.

Garavaglia, Juan Carlos

- 1993 "La estancia en la campaña de Buenos Aires: los medios de producción" en Raúl Fradkin (ed.) **La historia agraria del Río de la Plata colonial: los establecimientos productivos**, Buenos Aires, CEAL, 2 vols.

- 1994 "De la carne al cuero: los mercados para los productos agropecuarios", **Anuario del IEHS** 9.

Garavaglia, Juan Carlos y Jorge Gelman

- 1995 "Rural History of the Río de la Plata, 1600-1850", **Latin American Research Review** 3.

Gelman, Jorge

- 1989 "Una región y una chacra en la campaña rioplatense: las condiciones de la producción", **Desarrollo Económico**, 112.

- 1992 "Producción campesina y estancias en el Río de la Plata colonial; la región de Colonia a fines del siglo XVIII", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 6.
- 1993 "Los caminos del mercado: campesinos, estancieros y pulperos en una región del Río de la Plata colonial", *Latin American Research Review*, 2.
- Halperin Donghi, Tulio
- 1963 "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)", *Desarrollo Económico*, 1-2.
- 1972 **Revolución y Guerra: formación de una élite dirigente en la Argentina criolla, México, Siglo XXI.**
- Herrero, Fabián
- 1995 "Buenos Aires año 1816, una tendencia confederacionista" ms inédito.
- Lynch, John
- 1992 **Caudillos in Spanish America. 1800-1850**, Oxford, Clarendon Press.
- Mateo, José
- 1993 "Migrar y volver a migrar: los campesinos agricultores de la frontera bonaerense a principios del siglo XIX", en Garavaglia, Juan Carlos y José Luis Moreno (eds.) **Población, familia y migraciones en el espacio rioplatense, siglos XVIII y XIX**, Buenos Aires, Cántaro.
- Mayo, Carlos
- 1994 **Los Betlemitas en Buenos Aires: convento, economía y sociedad**, Sevilla, Diputación Provincial.
- 1995 **Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820**, Buenos Aires, Biblos.
- Mayo, Carlos; D. Duart y J. Troisi
- 1995 "'Nuestra Señora del Rosario', la estancia de los dominicos (1796-1818)", ms inédito.
- Mayo, Carlos y Amalia Latrubesse
- 1993 **Terratenientes, soldados y cautivos: la frontera 1736-1815**, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Maiztegui Casas, Lincoln R.
- 1973 **Coloniaje y Revolución. Historia del Uruguay**, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, tomo 1.

- Millot, Julio y Magdalena Bertino  
 1991 **Historia económica del Uruguay**, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, tomo I.
- Montoya, Alfredo  
 1956 **Historia de los saladeros argentinos**, Buenos Aires, Raigal.
- Pivel Devoto, Juan  
 1957 **Raíces coloniales de la revolución artiguista de 1811**, Montevideo, Medina.
- Real de Azúa, Carlos  
 1981 **El patriciado uruguayo**, Montevideo, Banda Oriental.
- Saguié, Eduardo R.  
 1993 **Mercado inmobiliario y estructura social. El Río de la Plata en el siglo XVIII**, Buenos Aires, CEAL.
- Sala de Touron, Lucía; Nelson De la Torre y Julio C. Rodríguez  
 1967 **Estructura económico-social de la colonia**, Montevideo, Pueblos Unidos.
- 1968 **Evolución económica de la Banda Oriental**, Montevideo, Pueblos Unidos.
- 1978 **Artigas y su revolución agraria**, México, Siglo XXI.
- Salvatore, Ricardo  
 1994 "The Breakdown of Social discipline in the Banda Oriental and the Litoral, 1790-1920", en Szuchman, Mark D. y Jonathan Brown (eds.) **Revolution and Restoration: The Rearrangement of Power in Argentina, 1776-1860**, Lincoln, University of Nebraska Press.